

malhechor, una tan hermosa ocasión de impunidad, y que obraríamos cuerdamente renunciando á este viaje, ó aplazándolo por lo menos.

— Tengo confianza en mis criados; — replicó el marqués. — ¿Qué quiere usted que suceda, con un personal como ese? Vaya, vaya, amigo mío, no vea usted las cosas bajo un prisma de color tan triste... Por muy revuelto que ande París mañana, no es posible que lo saquee un puñado de bandidos; y no es tan fácil robar á nuestras muchachas, como á las mujeres malabares de los hermanos de la concha... Frescos estaríamos... Además, pasado mañana viernes, á las cuatro de la madrugada lo más tarde, estaremos de vuelta.

Si los criados reunidos en la cocina del palacio hubieran podido oír estas últimas palabras del marqués, hubiesen con seguridad experimentado cierto despecho. Como que precisamente á las cuatro de la madrugada es cuando los bailes están en todo su apogeo y cuando los concurrentes á ellos se divierten de firme. Preguntad si no á todos los noctámbulos; ellos os dirán que la algazara anterior á las cuatro de la mañana es un sencillo aperitivo, una especie de intimación hecha á la alegría para que se digne presentarse.

Pero los dignos criados no tenían el oído tan fino que les fuese permitido oír desde la avenida del Bosque de Bolonia lo que se decía en la avenida Bosquet; y satisfechos y aun tranquilizados por el cálculo matemático hecho por el gordinflón cocinero, apenas salieran del palacio el marqués y Alf, cuando Claudina y Pauleta, apoderándose del ayuda de cámara y del jefe de cocina, diéronse á danzar como locas en celebración sin duda de los goces que se prometían en la noche del día siguiente, sin que las advertencias de la costurera dieran otro resultado que el de precipitar el movimiento de las parejas como hubiera podido hacerlo la música más excitante.

Susana, la lava-platos, miraba la juerga con ojos de envidia, pero ya no lloraba; porque el guante echado en su obsequio había producido dos francos setenta y cinco céntimos, y con esta suma el cocinero estaba seguro de alquilarle un disfraz de Cupido, con alas y todo.

XII

EL CARNICERO DE MUJERES

Quando el faetón que conducía al conde de Corpo-Santo hubo dejado la plaza de la Estrella, entró en la pendiente avenida de Wagram; y llegado á la plaza de este nombre, se detuvo para que se apeara el prometido de Yvona.

— Celestino — dijo éste á su groom — volved al hotel y que no me esperen; tengo que hacer en el Circulo.

Perdióse á poco el faetón en la perspectiva del bulevar Malesherbes, conduciendo á Celestino que pensaba, y no sin razón, que el círculo de su amo el señor conde no se encontraba en aquel barrio; y cuando el vehículo se hubo alejado, Corpo-Santo se dirigió resueltamente hacia la barrera.

— Eso del círculo, — pensaba, — es un gran pretexto que me habría sido preciso inventar por necesidad, si personas de buen gusto no lo hubiesen inventado antes que yo.

Llegado á la altura de un reverbero consultó su reloj, que marcaba las siete y cuarto.

— ¡Demonio de doctor! — murmuró reanudando su marcha. — Bien podía haberse ahogado en el camino. Como si no tuviera yo bastante que hacer, se atraviesa ahora en mi camino ese aparecido... Porque el hombre

que puede respirar después de haber hecho conocimiento con la nava de Enrique, es un aparecido... Contar como él lo ha hecho, el duelo al requiem, con todos sus detalles, incluso los de la tormenta, es cosa que sólo podría hacer un testigo presencial del mismo... y como no los hubo, ese hombre no puede ser más que uno de los dos adversarios... ¡El menos afortunado! — añadió con sonrisa siniestra.

Acababa en esto de atravesar las fortificaciones, y había tomado el camino de Asnières.

— ¿Pero sería eso posible? — preguntábase casi en voz alta. — No, el shaif es demasiado listo para venderse tan estúpidamente, para presentarse, como quien dice, al descubierto, frente á su más mortal enemigo... ¿Quién demonios puede ser ese doctor?... Él me ha reconocido, estoy seguro de ello; sabe quién soy. Pero él... No, no es el shaif... no puede ser más que algún amigo, muy torpe por cierto, de mi antiguo discípulo Ali-Akmet. Este me habría atacado, si viviese, antes de prevenirme, de anunciarme su resurrección...

Detúvose un momento, reconoció el camino, y seguro de hallarse bien orientado continuó andando y pensando solo.

— No, no es posible que sea él. Las cicatrices de las mejillas me hicieron dudar un momento, pero el shaif no las exhibiría, como lo hace el doctor, casi con orgullo. Al contrario, el shaif se habría apresurado á ocultarlas delante de mí... Decididamente, no tengo en la mano todas las armas que me son necesarias para entablar la lucha. Razón tenía la pupila de ese viejo Creso cuando me dijo hace poco: « La ventaja pertenece al que conoce la cara de su adversario... » ¡Y qué hermosa es esa muchacha! Capaz fuera de amarla si yo tuviese un corazón de hombre... Pero no, — dijo elevando más la voz; — yo detesto las mujeres; á una de ellas, que no debía tener entrañas, debo mi existencia de condenado; justo es que las deteste y que me vengue en ellas...

Torció en esto el conde la esquina de la calle de Martinval y luego de dar por ella algunos pasos detúvose ante una casita aislada, cuya puerta se abrió á una sencilla presión del que llegaba.

— ¿Estáis ahí, hermanos? — preguntó cerrando con cuidado la puerta, lo que dió por resultado dejarle en la más completa obscuridad.

La luz de una lámpara apareció entonces al extremo de un largo corredor, iluminando vagamente á dos hombres. Un extraño que hubiese penetrado en aquel momento en el corredor habría creído contemplar, viendo á aquellos hombres, la imagen de Enrique reflejada dos veces en un espejo.

Nada en efecto tan asombroso como el parecido de los tres individuos; la misma cara, la misma estatura, iguales trajes. El que llegaba era Enrique; los otros dos Francisco y Constante Bozzo.

Recordará el lector que los tres descendían del mismo antepasado: del bandido Fra-Diavolo.

Pero el atavismo de raza no había producido nunca nada tan notable, tan perfecto, como aquella semejanza.

— Buenas noches, Enrique, — dijeron á un tiempo mismo los dos Bozzo.

— Buenas noches, — respondió el recién llegado penetrando con ellos en un corredor amueblado con pobreza. — Ya os he dicho muchas veces que no quiero que me llaméis por ese nombre. Yo no soy Enrique, como vosotros no sois tampoco dos paletos corsos. Yo soy el conde de Corpo-Santo; tú Constante, el conde Clemente de Hauster, y tú, Francisco, el conde Francisco de Erute, mexicanos los dos, lo mismo que yo. Sea esta la última vez que os lo advierto, y recordad que lo que se dice en la intimidad, puede escaparse inadvertidamente en público. Que no tenga que deciros esto nunca más.

Los seis años transcurridos, y los largos viajes habían dado al traste con la antigua tosquedad de los dos Bozzo, que hubieron de adquirir, por fortuna para ellos, cierto barniz de instrucción y ligeras apariencias de hombres de mundo. En cambio el imperio que sobre ellos ejerciera siempre su hermano, parecía haber aumentado con el tiempo. Eran, entre sus manos, instrumentos dóciles de los cuales se servía á su antojo, sin enterarles nunca de la clase de asuntos en que colaboraban, aportando á ellos, entre otros elementos, el

concurso de su parecido con Enrique, y hasta el de sus voces, porque es de notar que gracias á un trabajo de paciencia benedictina, dirigido por el joven, los dos Bozzo lograron en espacio de algunos meses dar á sus voces respectivas las mismas exactas entonaciones que caracterizaban la de su profesor.

Oyendo los reproches de Enrique, limitáronse, como tenían por costumbre, á inclinar la cabeza.

— El Perret es un barrio tranquilo como ninguno, — dijo Enrique. — Precisamente por eso lo escogí para que se deslice en él vuestra existencia de modestos rentistas. En cualquier barrio de París los curiosos vecinos habrían tratado de enterarse lo antes posible de vuestra vida y milagros, y eso no nos conviene.

— A propósito de curiosidad, — dijo Francisco, el más atrevido de los dos hermanos. — Esta mañana ha rondado por aquí un individuo que parecía examinar con atención la casa.

— Sí, — añadió Constante; — y no sé porqué me parece que el tal sujeto no es otro que el que nos sirvió de guía, allá en la India.

— ¿Qué guía?

— Aquel de los tres nombres.

— ¡Bah! Me parece que los dedos se os antojan huéspedes. ¿Qué queréis que venga á hacer aquí, un país desconocido para él, ese hombre que gana bien su vida en aquellas tierras? Pero no se trata ahora de eso; esta noche os necesito, y he aquí mis instrucciones:

Tú, conde de Hauster, entrarás en el Círculo de la calle Royal á las diez en punto. Acudirán algunas personas á saludarte y á darte la mano, y tú contestarás á tales muestras de simpatía con fría cordialidad, según es en mi costumbre; enseguida irás á la sala de juego y apuntarás con largueza. Pero nada de tomar la banca.

— ¿Qué es lo que tengo que decir?

— Nada de importancia; contestar á las preguntas que se te hagan no olvidando ni un momento que tú eres allí Enrique de Corpo-Santo. Ahí tienes mi sombrero, que dejarás entre las manos de los mozos; permanece en el Círculo hasta las dos, ¿me oyes bien? hasta las dos. A esa hora podrás retirarte para regresar aquí.

— Comprendido, — dijo el supuesto conde de Hauster.

Cuanto á ti, de Erute, tu misión es un poco más complicada; pero como se hace tarde, vámonos enseguida y por el camino te explicaré lo que has de hacer.

Salieron en efecto los tres hermanos de la casita sin ser vistos de nadie, pues entrada ya la noche la calle Martinval era siempre un desierto.

Hablando en voz baja llegaron hasta la caseta de Consumos desde la que se dirigieron en derechura á la más próxima parada de coches de punto.

— A la calle Royal, — dijo Constante subiendo á uno de ellos.

— Café de Madrid, — ordenó Francisco al ocupar otro.

— A Folies-Bergère, y aprisita, — dijo á su vez Enrique al poner el pie en el estribo de un tercer carruaje.

Quando llegó á Folies-Bergère, la función estaba ya bastante adelantada.

Butacas, palcos y corredores se despoblaban, y el público en masa trasladábase á los jardines de invierno con objeto de presenciar los prodigiosos ejercicios de las hermanas Noazette encargadas de animar el entreacto.

Había bastante gente, y sin embargo flotaba en el aire algo así como un veló de tristeza; oíanse pocas carcajadas, reprimidas al momento, y las conversaciones eran sostenidas en voz baja.

Las vendedoras de sonrisas, con gran extrañeza de los habituales concurrentes á tal establecimiento, vestían toaletas discretas, poco llamativas, y no adornaban sus orejas con brillante pedrería, según era en ellas costumbre. Andaban despacio, por parejas, como las religiosas, sin provocar á los hombres ni con la voz ni con la mirada, á riesgo de comprometer sus beneficios y de escamar á la clientela.

Aquella calma inacostumbrada provenía sin duda de alguna orden de la dirección, que encuentra en la feria de amores fáciles que se hace en su establecimiento una de las más copiosas fuentes de beneficio.

Alguna razón debía tener la timidez impuesta á las hetairas, timidez altamente perjudicial á sus intereses, y á algo obedecían las miradas medrosas con que saludaban á los caballeros que se mostraban bastante audaces para dirigirles la palabra.

Dichas razones podremos comprenderlas escuchando la conversación mantenida en el puesto de bebidas número uno, de los instalados en el jardín.

Cerca de ese puesto, cuya propietaria era una gruesa alemana que adornaba su corpiño con exagerados descotes bajo los brazos, hallábase reunidas media docena de mujeres, de las que dos, las únicas visibles en el establecimiento, llevaban trajes soberbios de seda blanca, ostentando además joyas en abundancia.

— Pues no te pones tú poco pesada con tus historias lúgubres, — decía una de las dos en cuyo cuello brillaba un soberbio collar de diamantes. — Si eso que dices fuese verdad, sería cosa de vestirnos de monja y de huir el trato de los que gustan de divertirse y de pagar, suponiendo que queramos vivir algunos años.

La alemana la amenazó con el dedo, porque no comprendía tanta incredulidad, y otra mujer le dijo:

— Ve con cuidado, Camarona, no sea que caigas una de estas noches entre las manos del americano.

— Si es rico y paga bien, que venga cuando quiera, — dijo riendo la apodada Camarona. — A no ser que tú temas que me encapriche con él ó él conmigo. Y ahí es donde te duele, Diana.

— Pues mira, hija, ya que lo tomas así, anda y cree lo que te dé la gana, — gritó la interpelada. — Te aviso por tu bien y tú te obstinas en burlarte... ¡ Bueno! Ya se conoce que Niza está lejos de París. ¡ Mira que no haber oído hablar del *Carnicero de mujeres*!... En fin, chica, peor para ti.

Julieta, á quien llamaban la Camarona á causa del color de sus cabellos, y Flavia, íntima suya, soberbia mulata que se decía nacida en la isla Mauricio, acababan en efecto de llegar de Niza donde habían pasado una temporada en compañía de un tísico rico cuyo fin precipitaran con gran provecho sin duda para ellas, á juzgar por las apariencias. Aquella noche hacían de nuevo su

entrada en la escena parisiense, para pescar algún otro tísico, un ricachón, ó un infeliz cualquiera con dinero.

El miedo que parecía dominar á sus amigas les inspiraba á ellas cierta cómica piedad, y para probarles que no conocían el temor, hacían ostentosa exhibición de sus joyas y de sus trajes, tanto más visibles cuanto más modestas eran las toaletas de las mujeres que las rodeaban.

— ¿ Y quién te ha dicho á ti que no hayamos oído hablar de tu famoso *Carnicero de mujeres*? — replicó Flavia.

— Tanto ó más que de Jack el destripador y de la gran serpiente marina, — concluyó la Camarona. — ¡ Vaya unas paparruehas!

Las modestas, las que no habían salido de París, no por falta de ganas sino por falta de medios, se miraron indignadas.

— ¡ Es mucha testarudez! — observó, interpretando el pensamiento de la mayoría, una moscovita pequeña llamada Rhoda, que se ocupaba activamente en la alianza franco-rusa.

Biana, la más terca, replicó:

— ¿ Paparruehas? ¿ Dices tú que son paparruehas? Pues bien, oye esto: creo que tú conoces á Medarina, la gendarme... A ti te digo, Julieta...

— Sí que la conozco: ¿ y qué?

— Que la enterraron hace seis semanas.

— ¿ A Medarina? Ni siquiera he sabido que estuviese enferma.

A esto observó la alemana:

— Para lo que ha durado su enfermedad...

Y Rhoda, que gustaba de hacer frases, añadió:

— Corta, pero buena.

— Hace seis semanas, — siguió Diana imponiendo silencio á sus amigas. — Medarina se encontró en el Eden con el americano, y á la mañana siguiente la encontraban á ella en la cama con la garganta abierta. Sus diamantes habían desaparecido...

— ¿ Y el americano también, naturalmente? — preguntó la Camarona con sonrisa de incredulidad.

— Al americano lo dejaron tranquilo porque se pudo probar que á la misma hora en que Medarina salía del

Eden, entraba él en el segundo baile de la Opera, dando el brazo á otra mujer... Pero aun hay más. Tú, Flavia, ¿te acuerdas de Saviniana de Closmesnil?

— ¡Más de lo que tú crees! — gritó la mulata cuyos ojos brillaron con pasión.

— Pues hace cinco semanas que la expusieron en la Morgue.

— ¿A Saviniana?

— La misma. La infeliz salió la víspera del Casino, en compañía del americano.

— ¡Ah, pues lo que es esta vez sí que prenderían al monstruo! — preguntó Flavia conmovida, porque Saviniana había sido su *compañera* antes que Julieta.

— Pues te equivocas; tampoco fué detenido, porque dió la casualidad de que ocho minutos después de su salida del Casino de París, su coche le dejaba á la puerta del ministerio del Interior, donde había recepción. Y claro es que en ocho minutos no tenía tiempo el hombre para divertirse.

— ¿Pues y Narcisa? — dijo Rhoda.

— ¿Narcisa? — preguntaron á un tiempo mismo Julieta y Flavia.

— Sí, Narcisa Piel de seda; también ha muerto, la pobre.

— ¿A manos del americano?

— Por lo menos así se cree. La víspera por la noche vieron hablar en el Nuevo-Circo.

Hubo un momento de silencio.

Las hermanas Noazette habían terminada ya sus ejercicios, y los espectadores regresaban á la sala para ocupar sus localidades.

— ¿Venís vosotras? — preguntó Rhoda pretendiendo arrastrar á sus amigas. — Aquí ya no queda nadie.

Pero no la hacían caso. Diana, satisfecha del efecto producido, quiso remachar el clavo.

— Como el golpe es siempre el mismo, una cuchillada como la de un carnicero que degüella reses, y como por otra parte ese hombre no ataca más que á las mujeres de nuestra clase, le han puesto el mote de Carnicero de mujeres.

Las dos amigas, Julieta y Flavia parecían aterradas:

— Por lo que se ve, ese hombre ha recorrido todos los Cafés cantantes, excepto el Eliseo Montmartre y éste, — dijo la Camarona.

— ¡Bah! Lo que es por el Eliseo Montmartre no creo yo que lo vea nadie. Es poca cosa para él aquel buchiche. Aquí, sí que vendrá, digo, si es que aun trabaja; porque ya hace un mes que no se ha hablado de él. ¡Ya se ve, como ahora nos vestimos todas modestamente, y á él le gustan el lujo y los brillantes!...

— Si esó lo dices por mí, — exclamó Julieta, has de saber que yo me visto como me viene en gana y me pongo lo que me parece... Y por lo que respecta á tu americano, tanto es el miedo que me inspira que si ahora mismo lo tuviera ahí delante le invitaría á que me pagase cualquier cosa.

— ¡By god! Eso es hablar, — dijo una voz al lado de Julieta.

— ¡El americano! — murmuró Diana.

Todas las circunstancias se volvieron temblorosas.

— ¡Qué americano ni qué niño muerto! — dijo la moscovita saliendo al encuentro del que acababa de darles aquel susto. — ¡Pues si es mi amigo Jorge!

— Encantado, *young mis*, — contestó el clubman Jorge de Mercœur que acababa de dejar en el Teatro Francés á Amy y Edmée, y daba una vuelta por los centros de diversión antes de ir á recogerlas.

Tomó el joven el brazo de Rhoda y se la llevó hacia la sala de espectáculos.

— ¿Qué decía esa muchacha vestida de blanco, *minionnette*? — le preguntó.

— Quería invitar al carnicero de mujeres.

— ¡God dam! es una invitación bien temeraria.

Tanto Diana como las demás buscadoras de aventuras habíanse dispersado por los pasillos de la sala.

Con la propietaria del bar quedaron solas Julieta y Flavia; y hablaban las tres animadamente, cuando una de las puertas exteriores del jardín se abrió de pronto dando paso á un caballero bien parecido y mejor trajeado.

Detúvose un momento el desconocido, y miró alternativamente á los dos interlocutoras de la alemana.

— ¿Una copa de champaña, caballero? propuso á media voz la dueña del puesto, según su costumbre cada vez que alguien se acercaba al mismo.

— Con mucho gusto, — dijo él aproximándose; — pero con la expresa condición de que estas dos lindas damas me ayudarán á vaciar la botella.

La proposición fué aceptada en el acto, como es consiguiente; para eso estaban allí las dos amigas.

Claro es que con tan galante caballero la confianza debía quedar pronto establecida. La Camarona, á quien el recién llegado parecía dar la preferencia, estaba ya con él en términos de gran intimidad, cuando una idea que atravesó por su cerebro en aquel instante la obligó á preguntarle:

— ¿De qué país es usted?

— Del país de los dólares, hermosa rubia; — contestó él. — Es decir, que soy yanqui.

— ¡Americano! — murmuró en voz baja Flavia, cuyos ojos negros brillaron como carbunclos.

— ¿Le disgusta á usted mi nacionalidad? — interrogó lentamente el extranjero observando que de las mejillas de Julieta habían desaparecido los colores que poco antes las ahimaban.

— Verá usted, — dijo Flavia acudiendo en socorro de su compañera, — es que en este momento la América no goza de muy buena reputación entre nosotras. Ya debe usted saber porqué.

Con el tono más natural del mundo respondió él desconocido:

— Aun á riesgo de que se burlen ustedes de mí, y me tomen por un salvaje, he de confesar que ni siquiera sospecho de lo que se trata.

— ¡Es posible!... ¿De modo que no ha oído usted hablar del Carnicero de mujeres?

Era Flavia la que preguntaba esto; es decir, la misma que poco antes negaba la existencia del monstruo, y que ahora contribuía á hacerle una reputación.

— Espere usted... sí, algo he oído de eso; ¿dónde?... ¿dónde? — decía el extranjero golpeándose la frente. — ¡Ah, sí! en el vagón, en el tren que me conducía del Havre á París recientemente.

La Camarona levantó en esto la cabeza y preguntó:

— ¿Y qué decían de ese hombre?

— Si quiere usted que le diga la verdad, no lo recuerdo muy bien; creo que mis compañeros de viaje debían pertenecer á la policía inglesa, y hasta me parece mucho que aseguraron que el famoso matador de mujeres, conocido en París con el remoquete de el americano, había sido detenido en una casa de Commercial-Road, en Londres.

Julieta respiró con fuerza.

Por un momento habíale parecido que la muerte pasaba cerca de ella. Su existencia era miserable y vergonzosa, pero la pobre chica amaba la vida con todas las fuerzas de su alma. Un momento después sus mejillas se coloreaban de nuevo.

— Y ahora, señoras, añadió el yanqui — lo menos que pueden ustedes hacer, después de haberme tomado por un criminal ó poco menos, es aceptar una segunda botella de champaña... Lavaremos con él la afrenta.

Las dudas que hubiera podido tener la Camarona, dudas muy excusables después de la macabra enumeración hecha por Diana, y de la aparición un poco teatral del extranjero, desvaneciéronlas las últimas palabras del mismo. Recobrado pues todo su temerario aplomo, mostróse Julieta la muchacha alegre y despreocupada que fuera siempre.

— Pues si ese pobre *Carnicero de mujeres* se ha dejado prender en Inglaterra — dijo riendo con risa nerviosa, resto de su reciente pánico, — es cosa de compadecerle; por mi parte le retiro toda mi confianza.

— Pero... ¿usted tenía confianza con ese sujeto? — dijo el extranjero. — Pues bonito papel estoy yo haciendo aquí.

— No me haga usted caso, amigo mío... Ese bandido, de quien he oído hablar por vez primera esta noche, me inspiraba cierto interés por la audacia extraordinaria de que ha dado pruebas... Porque la verdad es que se necesitan riñones para amar á las mujeres en pleno París como las amaba Barba-Azul. Pero interés, nada más que interés... ¿Qué le diré á usted? estoy ya tan empalagada de todo, que como decía hace poco á estas señoras, si el

americano se hubiese presentado aquí no habría tenido inconveniente en invitarlo, por ver si de ese modo me era dado experimentar sensaciones nuevas... Locuras, ¿verdad?

— Pero ¿á qué quería usted invitarle?

— Le hubiera propuesto una hospitalidad escocesa; — terminó Julieta vaciando de un trago el líquido espumoso contenido en su copa.

— No sabe usted cuánto deploro, — dijo el extranjero con voz doliente — no hallarme en el pellejo de ese compatriota, cuyos altos hechos la han enamorado á usted...

Diciendo esto sacó la cartera y la abrió de modo que pudiese verse bien un gran mazo de billetes de banco en ella contenido.

— Sin embargo, — añadió poniendo uno de los billetes sobre la mesa, — tal vez haya medio de que nos arreglemos, si es que usted consiente en hacerse ciertas ilusiones...

— A ver, á ver ¿cómo es eso?

— ¿No podría yo desempeñar por corto tiempo el papel de ese compatriota por quien usted suspira?

Flavia se echó á reír oyendo esta proposición.

— Verdad es que para la debida propiedad escénica me faltará el cuchillo; pero no importa. Aun están abiertas las tiendas del bulevar.

La alemana, que oía la conversación sin intervenir en ella, pensaba en su fuero interno:

— Extraña manera de hacer la corte la que tiene este hombre; no sé por qué se toleran bromitas de esa clase.

En los establecimientos del género á que pertenece Folies Bergère, los asuntos de amor se tratan sin reserva y se concluyen en pocos minutos. Lo dicho por el yanquí bastó para que Julieta la Camarona interpretase sus palabras como una declaración explícita; y como por otra parte no quería perder la buena proporción que se le presentaba, lo cual podía ocurrir de continuar el macabro coloquio, irguióse de pronto y recobrando su voz y su tono de mercancia viviente preguntó al extranjero:

— ¿Viene también con nosotros mi amiga?

— Por mi parte no habría inconveniente alguno; pero yo me hospedo en el Gran-Hotel y temo que allí se pre-

senten algunas dificultades para que subamos los tres á mi habitación.

Sin replicar una palabra, levantóse la Camarona y tomó el brazo de su conquista.

— Buenas noches, — dijo á la mulata; — procura aburrirte lo menos posible, y hasta mañana. Por allá iré temprano.

Salió la pareja.

— ¡Calla! — exclamó Flavia observando que el sobretodo del extranjero había quedado sobre una silla. — Tendría que ver que estuviesen aquí los billetes...

Oír esto, y abandonar la alemana el mostrador, todo fué uno.

En el peristilo del local no había nadie.

Como el espectáculo estaba á punto de terminar, los que recogen las entradas habían abandonado ya su puesto.

— ¿No tiene usted ningún protector oficial? — preguntó el yanquí ayudando á su compañera á envolverse en un largo boa de plumas blancas.

— ¡Pues no faltaba más! — contestó Julieta poniendo el breve pie en el estribo del coche llamado por su pareja. — Pero mi amigo, Víctor Meyer, me deja en completa libertad... ¿Sube usted ó no? Entra mucho aire por esa portezuela...

— Al Gran-Hotel — ordenó su compañero, quien al sentarse en el coche añadió:

— Usted me dispensará si la he hecho esperar un instante, pero se enganchó mi levita con algún clavo...

El yanquí mentía. Lo sucedido fué que en el momento en que Julieta se dejaba caer en los almohadones del coche, un hombre idéntico al extranjero, pegado á la caja del carruaje, había entregado á aquel un sobretodo, del que acababa de despojarse.

— ¿Dónde y cómo? — preguntó el desconocido idéntico al yanquí.

— Bar nº 1, traje blanco, Víctor Meyer, — contestó el compañero de Julieta tomando el sobretodo.

Había sido tan rápida la escena que ni los cocheros, ni los pobres que abren las portezuelas de los coches tuvieron tiempo para observarla.

Cuando el vehículo se aléjaba por la calle Geoffroy-

Marie, el hombre que se quedara sin pardo se penetró en el jardín de invierno.

— ¿Viene usted en busca de su sobretodo, verdad? — gritó Flavia viendo que el hombre, á quien tomó por el mismo que acababa de salir acompañando á su amiga, se acercaba al puesto de bebidas.

Esta aparición consternó á la alemana que ya se consideraba propietaria del gabán y de lo que pudiera contener.

— No, — dijo el hombre dejándose caer en una silla, al lado de la mulata. — No vengo por eso precisamente sino para decir á usted que su amiguita me la ha jugado de puño... ¡Vaya una aventura ridícula!

— ¿Qué aventura es esa?

— ¡La que me acaba de ocurrir!... Figúrese usted que aun estábamos bajo la bóveda del peristilo, y yo me disponía á llamar á un cochero, cuando llega un carruaje de dos caballos y se detiene junto á la verja. « Ni que lo hubiera olido » dice su amiga de usted; y soltando mi brazo, añade: « Por esta noche, imposible; está ahí mi protector. »

— Eso es una cosa que puede ocurrir; y donde hay patrón... — dijo Flavia, que añadió en seguida: — Yo he visto siempre un solo caballo en el coche de Víctor; pero en fin, si era él, ¿qué quería usted que hiciera la pobre?

El alter-ego del yanqui se mordió los labios; acababa de cometer una torpeza enganchando al coche del ausente Meyer un caballo más de lo debido.

— ¡Víctor! — Sí, ese nombre le oí pronunciar; — repuso procurando inspirar confianza. Luego continuó. — Su amiga de usted, después de plantarme, se precipitó á la portezuela del coche, y besando varias veces una cabeza asomada á la misma, decía como transportada de entusiasmo: « ¿Venías á buscarme, Víctor? Pues no sabes lo que te lo agradezco... Está visto que eres el mejor de los Meyer habidos y por haber. » Y nada, que desapareció en el coche, que el coche se alejó, y que yo me quedé compuesto y sin novia. Dígame usted si mi situación puede ser más ridícula y si tengo ó no motivos para estar furioso.

Mientras el hombre hablaba mirábase Flavia á hurtadillas, porque hallándose aún bajo la impresión de las horribles historias contadas por Diana, había creído observar cierta vacilación, algo de disimulo en las palabras de aquel hombre. Pero hubo de decirse que su desconfianza era inmotivada al oírle después hablar con perfecta naturalidad. Además había pronunciado el nombre del protector de la Camarona. ¿Cómo podía saber él ese nombre sino por la Camarona misma? Disipáronse pues los temores de Flavia, al mismo tiempo que nacía en su alma la secreta esperanza de aprovechar, en beneficio suyo, la involuntaria defección de su compañera.

— Pues á mí no me parece que eso sea cosa de desesperarse; — dijo; — tanto más cuanto que si usted quiere, haré lo posible por consolarle.

— Sí, en eso está el hombre pensando; — gruñó la alemana que no se consolaba de la pérdida de lo que pudiera contener el sobretodo. — ¿Te parece á ti que los clientes como el señor gustan del betún?

Era este un insulto perfectamente gratuito y sin razón de ser, porque la mulata no sólo no era negra sino que tenía la piel de color apenas ambarino, y resultaba infinitamente más apetitosa que la teutona. Esta acertó en lo de que el cliente no deseaba ser consolado por Flavia; pero se equivocó en el motivo.

— ¡Consolarme! replicó el hombre; — no crea usted que la cosa es tan fácil como parece. En fin, podemos hacer la prueba. Yo necesito algún tiempo para acostumbrarme al cambio de fisonomías, al de la que me ha plantado, por la de usted. ¿Quiere usted que cenemos juntos? Puesto que el espectáculo ha terminado, vámonos á « Julian » ó á cualquier otro restaurant que sea de su gusto; y si á las dos en punto de la madrugada no ha conseguido usted borrar de mi imaginación el recuerdo de su amiguita...

— ¡Pues apenas si habla usted para no decir nada! — exclamó Flavia. — Andando, y hágase lo que usted quiera. Ya verá usted como á las dos mi amiga Julia habrá perdido un admirador y nosotros dos iremos á representar la parodia que usted sabe...

Dicho esto, la mulata, con gran desesperación de la

alemana, advirtió á su futuro anfitrión que no olvidase de nuevo el sobretodo, y por lo que pudiera ocurrir le ayudó ella misma á ponérselo. Poco tiempo después, ambos se hallaban sentados en el gabinete japonés del restaurant Julian, diciéndose una infinidad de tonterías.

Precisamente á la misma hora, en una de las habitaciones del primer piso del Gran-Hotel, ocupada en aquel momento por dos personas, tenía lugar una escena horrible. Los protagonistas de la misma eran el primer yanqui de Folies Bergère y la hetaira llamada Julieta la Camarona.

— Amigo mío, — decía esta última que se despojaba lentamente del corpiño de seda blanco dejando al descubierto los desnudos hombros; — ¿sabe usted que no me parece el mismo, desde que hemos entrado en este cuarto? Francamente, viéndole á usted bromear y reír hace un momento, estaba muy lejos de imaginar que iba á acostarme con un sauce llorón. ¿Qué demonios le pasa á usted?

El yanqui no contestó. Pasébase agitado á lo largo del cuarto, sombrío el semblante, y haciendo visibles esfuerzos para no mirar á su compañera.

— Para mí, — prosiguió esta — que ha apostado usted con alguien á darme una nocecita. No es posible cambiar así, en un momento.. ¡A ver, míreme usted!... Tan dispuesto que parecía hace poco... ¿Tiene usted miedo de mí, hermoso?

— ¡No me tiene usted!

El hombre, que no interrumpía su paseo extemporáneo, había pronunciado con voz ronca estas palabras, y procuraba volverse de modo á no ver los blancos brazos de la joven que acababan de salir de las mangas. Ella lo oyó y hubo de interpretar torcidamente el sentido de las mismas, porque exclamó con enojo.

— ¡No me tiene usted!... Tiene gracia el señor... Eso debió usted decírmelo antes, pero ahora ya es demasiado tarde... Para algo hemos venido aquí; y le advierto que á la Camarona nadie le ha dado un feo todavía... ¡Ah, no, todo menos eso!...

El hombre habíase detenido, y apoyado junto á un mueble, balbuceaba sin darse cuenta de ello:

— ¡No me tiene usted, no me tiene usted!

La Camarona reflexionaba.

— Este hombre está loco — se decía — ó es un tipo de lo más original que yo me he echado á la cara... ¡No me tiene usted! Ni un cura diría lo mismo... Ahora veremos de que pasta es el bueno del hombre.

Dicho esto, y andando de puntillas acercóse por detrás al yanqui y le rodeó el cuello con los brazos. Volvióse él bruscamente, y tan cambiado lo encontró la pobre muchacha, que llena de espanto en presencia de aquel rostro horriblemente descompuesto, hubo de caer de rodillas juntando las manos en ademán suplicante.

Entonces se dejó oír la voz sorda, lenta, del yanqui.

— Escucha, — le dijo — no hay modo de que nadie evite el destino que le está reservado; tú, mujer, quisiste ver al americano para burlarte de él, y el americano está en tu presencia... Tu juventud y tu belleza me han inspirado hace un momento no sé qué estúpida piedad que no he sentido nunca, y capaz habría sido de perdonarte concediéndote unos cuantos años de gracia... Pero no has querido oírme; peor para ti.

Sacó entonces de su cintura un cuchillo de hoja larga y ancha, y el arma brilló con resplandor siniestro ante los espantados ojos de Julieta. Quiso ésta gritar, pero de su garganta no salió sonido alguno; el miedo, un miedo imponderable, ahogaba su voz en absoluto.

— Sí, yo soy ese á quien llaman el carnicero de mujeres; — continuó diciendo él, con la voz hueca, apenas perceptible. — Y esta navaja, mi herencia única, es el instrumento de mi odio... Escucha: odio á las mujeres con toda mi alma; las odio porque una de ellas se negó á quererme siendo así que su obligación era la de consagrarme todo su afecto...

A medida que el americano hablaba sus dedos iban hundiéndose en la cabellera abundosa de la Camarona, mientras que la hoja de la navaja se acercaba poco á poco á su cuello desnudo.

Por el rostro lívido de la infeliz corrían mudas algunas lágrimas; pero ni un grito, ni un suspiro siquiera se escapaba de los labios que parecían cerrados por una convulsión nerviosa.

El hombre siguió hablando :

Eres hermosa, pero tu corazón es de cieno, como el de todas tus semejantes... Yo os maldigo, criaturas aborrecidas... Adiós, mujer; ¡cuanto daría yo porque mi navaja, al abrir tu cuello, pudiese acabar de golpe con la existencia de todas las de tu sexo!

Un segundo después el cuerpo de Julieta se desplomaba sobre el tapiz.

El carnicero de mujeres lavó cuidadosamente el collar de diamantes, la navaja y en último término sus propias manos, y hecho esto salió de la habitación tranquilamente, sin apresurarse.

Eran poco más de las dos de la madrugada cuando los tres Bozzo se encontraban en las inmediaciones del parque Monceau.

Constante, es decir, el conde de Hauster, llegaba del Círculo de la calle Royal.

El conde Francisco de Erute venía del restaurant Julien donde había cenado con Flavia la mulata en el gabinete japonés.

Cuanto á Enrique, conocido en todos los salones con el nombre de Enrique de Corpo-Santo, nos parece inútil decir que acababa de abandonar el gran Hotel.

A la puerta de su casa, separóse de sus hermanos diciéndoles sencillamente :

— ¡Hasta esta noche!

XIII

TOALETA DE MUCHACHAS

La Mi-Carême, fiesta eminentemente popular, cuya solemnidad principal consiste en la ruidosa exhibición de las lavanderas y vendedoras del mercado que se divierten á su modo durante algunas horas haciéndose conducir á través los bulevares en carruajes descubiertos, de todas las formas y de todas las épocas, presentábase aquel día, por lo que al estado del tiempo se refiere, bajo los más tristes augurios. El día en efecto amaneció obscuro, lluvioso, y no convidaba en modo alguno al popular regocijo.

Sin embargo, no hubo parisiense alguno que al despertarse y ver el mal cariz del tiempo pusiese en duda la salida de la cabalgata en procesión carnavalesca. Como la Mi-Carême no se celebra más que una vez al año, era de todo punto imposible aplazar la fiesta, que debía forzosamente desarrollarse con arreglo á la tradición, lo mismo si hacía frío que calor, con tiempo seco como con lluvia.

Aquel día presentábase lluvioso; pero ¿qué importaba el estado del tiempo? nada. Los aficionados á la bulliosa fiesta, en vez de ir á tragar polvo recorriendo los bulevares desde la Magdalena á la Bastilla, irían á llenarse de fango paseándose por los mismos sitios.